

ordenar la confusión, de bañar en luz los más recónditos resquicios, sirve de guía infalible para el inexperto lector, y es motivo de nuevas reflexiones para los conocedores de la obra nietzscheana que, sugestionados por la engañadora elocuencia, la agitación de una fantasía poderosa, la malla brillante y huidiza de sus contradicciones, no pudieron captar su contenido esencial. Inspirado sobre todo por un gran resentimiento, el insigne tarado fué en su vida y en su obra un tremendo veleidoso, incapaz de consecuencia alguna. Pasó por la existencia como una fiera lastimada, con la garra lista para dar el zarpazo vindicativo y despiadado, ya se tratara de los grandes maestros de la humanidad—Jesucristo o Sócrates—, de sus propios maestros—Schopenhauer o Wagner—, de sus propios amigos, de su propio pueblo. Tal es la impresión que ha dejado, por lo menos en nosotros esta obra de Enrique Molina, y esto a pesar de que él, llevado por sus cristianísimos sentimientos de comprensión y compasión, nos diga al final de su estudio, que Nietzsche, en virtud de su misión heroica de escritor, estuvo «más cerca de los santos a quienes denigraba, que de los Borgia a quienes ensalzaba».



NOVELISTAS Y CUENTISTAS DE BOLIVIA, por *Leonor Cormatches Díaz-Muñoz*

A la familia Machicado Saravia,
de la Paz: recuerdo agradecido.

I. Me ha parecido que, como aprovechamiento de los inolvidables días que pasé en el Altiplano el verano último, podría hablar del relato imaginativo en Bolivia. ¿Sí?

Bueno. Comienzo, entonces.

De acuerdo con la parte correspondiente de los APUNTES de mi profesor de Literatura Hispanoamericana, el P. Alfonso

M. Escudero, voy a dividir la materia en tres períodos, períodos originados un poco en la manera y las tendencias, pero ante todo en la simple sucesión de los tiempos.

II. En el primer período predomina la tendencia historicista derivada del romanticismo: *Recuerdos de una prisión*, de Mariano Ricardo Terrazas (1833-1878); *Juan de la Rosa*, de Nataliel Aguirre (1843-1888); *Huallparrimachi*, de la presidenta doña Lindaura Anzoátegui de Campero (1846-1898); *Su Excelencia y Su Ilustrísima*, de Santiago Vaca Guzmán (1848-1896); *Doña Juana Sánchez*, de Tomás O'Connor d'Arlach (1855-1934); *El mulato Plácido*, de Joaquín de Lemoine (1857-1924).

De estos libros, los más dignos de recuerdo son *Doña Juana Sánchez*, fresco de los tiempos de Melgarejo; y *Juan de la Rosa*, evocación de la revolución independizadora en Cochabamba y de la cual Fernando Díez de Medina ha escrito en su reciente y bello *Thunupa*: «Es todavía la mejor novela boliviana».

III. El segundo período, de escritores entre los cuales los más viejos comienzan a publicar alrededor de 1900, también cuenta con recordadores del pasado: Abel Alarcón (n. 1881), en *Era una vez...*, sobre el Potosí del primer tercio del siglo XVII, y *Cuentos del viejo Alto Perú*; Juan Francisco Bedregal (1883-1944), el de *Figuras animadas*, cuyo primer relato es *Don Quijote en la ciudad de La Paz*; Manuel Frontaura Argandoña, autor de *El precursor*; Alberto Ostría Gutiérrez (n. 1898), embajador en Santiago, engarzador de *Rosario de leyendas*; y ya fuera de lo novelesco, autor de libros tan consistentes como *Una obra y su destino* y *Una revolución tras los Andes*.

Pero lo fundamental de este período, que hasta cierto punto pudiéramos llamar del realismo, son los estudios contemporáneos de ambiente y de crítica social y de costumbres: es el caso de Jaime Mendoza, en *Páginas bárbaras*, sobre los siringueros del Beni, y *En las tierras del Potosí*, sobre la vida minera de Potosí y vecindades—novela que, prestada en Sucre por Gun-

nar Mendoza, leímos al bajar el tren de Potosí a la frontera argentina—; es el caso del amargo Alcides Arguedas (1879-1946), en *Vida criolla*, pintura de La Paz de fines del siglo XIX, y *Raza de bronce*, pintura de los aimaras de los alrededores del Titicaca; es el caso de Armando Chirveches (1883-1926), autor de la novela de costumbres políticas *La candidatura Rojas*, de la anticatólica *Casa solariega* y de las exóticas *Flor del trópico*, de costumbres brasileras, y *A la vera del mar*, cuya acción pasa en la bahía de Mejillones.

En ese mismo rubro de estudio de ambiente y figuras podemos ubicar obras como *El cholo Portales*, vapuleo de costumbres políticas, y *Tierra adentro*, pintura reciente de Santa Cruz de la Sierra, de Enrique Finot (n. 1891), más conocido por una *Historia de la Literatura boliviana* y su *Nueva Historia de Bolivia*, escrita (esta última) como contrapeso a la muy difundida de Arguedas; *El Alto de las Animas*, de José Eduardo Guerra (1893-1943), más conocido por su excelente *Itinerario espiritual de Bolivia*; *Suetonio Pimienta*, burla de los sudamericanos en París, por Tristán Maroff (Gustavo A. Navarro, n. 1896); los cuentos de *Desierto verde* y la novela *La Virgen de las siete calles*, de Alfredo Flores.

IV. En el tercer período, de hombres nacidos en el siglo XX, persiste el estudio de ambientes y costumbres: *Oro del Inca* y las exóticas *Ahumada 75* y *Fuente de soda «Azul»* (ambas de tema santiaguino), de Luis Toro Ramallo (1903-1946), que vivió sus últimos años entre nosotros; *La sima fecunda*, sobre el embrujo de la coca, de Augusto Guzmán, más conocido por su *Historia de la novela boliviana*; *El metal del Diablo*, novela de minas y caricatura de Patiño y otros potentados por el estilo, de Augusto Céspedes; *Cuentos de dos climas*, de Porfirio Díaz Machicao; *La Chaskañawui*, vigorosa y reciente novela del crítico Carlos Medinaceli; *Once cuentos*, de Walter Montenegro; *Gente de Santa Cruz*, relatos de Enrique Kempf Mercado; y *Coca y Altiplano*, de Raúl Botelho Gosálvez, secretario de la

representación boliviana en Montevideo y más que eso escritor de que esperan mucho los bolivianos, por su sentido del estilo y su arte de narrador.

Pero lo distintivo de este período último es la guerra del Chaco y su aprovechamiento (al revés de lo que ha pasado en el Paraguay) en multitud de relatos novelescos, de los cuales aquí sólo recordaré algunos: *Chaco*, de Toro Ramallo; *El martirio de un civilizado*, de Eduardo Anze Matienzo; *Prisionero de guerra*, de Augusto Guzmán; *Repete*, de Jesús Lara, el del estudio sobre *La poesía quichua*; *Aluvión de fuego*, de Oscar Cerruto; y *Sangre de mestizos*, cuentos de Augusto Céspedes, del que Fernando Díez de Medina ha escrito: «Nada falta a Céspedes: talento novelístico, aguda visión del paisaje, captación intuitiva de las psicologías, prosa robusta y vibrante»; y Joaquín Edwards Bello: «El libro es algo vivo, crepitante; no decae jamás».

V. A pesar de que ni la cantidad ni la calidad de los narradores bolivianos es cosa desdeñable, la impresión y presentación de los libros fabricados en Bolivia ha dejado en general bastante que desear. Por eso, muchos escritores han publicado y siguen publicando fuera: en Francia: Aguirre, Chirveches, Arguedas, Costa du Rels; en España: Arguedas, Mendoza, Alarcón; en Argentina: Vaca Guzmán, Arguedas, Finot, Costa du Rels, Anze Matienzo, Medinaceli, Céspedes, Botelho Gosálvez, Kempf; en Chile: Lemoine, Alarcón, Pereyra, Toro Ramallo, Frontaura Argandoña, Guzmán, Céspedes, Cerruto, Botelho Gosálvez.

Más todavía: dos escritores han triunfado en lenguas extranjeras antes que en español: Adolfo Costa du Rels (n. 1891), autor de la novela *Terres embrasées* (*Tierras hechizadas* en la edición castellana), y de las *nouvelles* tituladas *La hantise de l'or* (*El embrujo del oro* en la traducción castellana), *Coronel* y *Lagune H. 3*; y Diómedes de Pereyra, autor de la novela de

aventuras *The land of the golden scarabs* (que en la edición castellana ha pasado a llamarse *El valle del Sol*).

Para concluir, si me pidieran una lista de los novelistas y cuentistas bolivianos que yo recomendaría más, haría la lista siguiente: muertos: Nataniel Aguirre, Tomás O'Connor d'Arlach, Jaime Mendoza, Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Luis Toro Ramallo; vivos... por favor, permítanme decirlo al oído de cada lector, y en voz bajita.



«GRAN SEÑOR Y RAJADIABLOS», por *Eduardo Barrios*

No hemos encontrado, en los últimos años, una novela chilena de esas que se terminan de atropellada. El leer puramente crítico, explorativo, se repite cada vez, con muy raras excepciones, en las que tampoco, por lo demás hemos podido leer entregados íntegramente. El hondo trazo de la novela criollista abierto con aire conquistador por «Zurzulita», continuado con donaire y desenvoltura por «Mercedes Urizar», se ha ido cubriendo con las creaciones complementarias y adjetivas de continuadores y secuaces. La novela social daba, algunas veces, la emoción del acierto estupendo con Manuel Rojas, Eugenio González, Reinaldo Lomboy y Nicomedes Guzmán. Entreverada con estas producciones, solitaria y excelente, aunque de mala prensa, «Gente en la Isla» de Rubén Azócar.

Nuestros novelistas ¿No tenían presente? Joaquín Edwards Bello reedita y anuncia, Latorre y Durand se demoran en producciones que nos parecen menores en el conjunto de su obra. Santiván no escribe, casi. Eduardo Barrios a pesar de «Tamarugal», silencioso... pero sospechoso.

Y ahora, de improviso, esta sospecha se manifiesta acertada y feliz, pues Eduardo Barrios trae colgada de su chaqueta de huaso una fina y emocionante moneda de oro.